

ILUSTRE PATAGO

JORGE ALDERETE

*Es el ilustrador más popular de Latinoamérica. Cultiva un perfil bajo que arenga con el prefijo Dr. Egresado de la UNLP y emigrado hace una década a México, este patagónico pausado se encontró con una niña terrible, también austral. Además de entrevistar al Dr. Alderete **Florencia Werchowsky** se le animó a una producción que emula aquella obra de Andy Warhol + Martha Minujín: la deuda externa, pagada en maíz.*

fotos **Gerardo Klint**

La fama. Me estaba yendo a pasar una temporada al DF mexicano y mi hermano mayor, que sigue viviendo en la capital neuquina donde nacimos y crecimos, me dio un papelito con un nombre y un teléfono: "Llamalo a Jorge", me dijo, "es un genio el chabón". Con todo el amor y respeto que siento por mi hermano, en ese momento no consideré el contacto de un amigo suyo de la adolescencia como un imprescindible para mi viaje. Se lo agradecí, pero estaba en otra. O tal vez él debería haber sido más específico para describir a Jorge Alderete, de quien decir "es un genio el chabón" –con todo lo que podemos exprimir de la tan actual y generosa utilización "genio" y todo eso que abarca humanamente el sustantivo "chabón"– parece poco preciso.

Llegué al DF, nunca llamé a Jorge, perdí el papelito y me olvidé del asunto hasta que una amiga argentina me invitó a una muestra de ilustración y ¿a qué no saben quién era el que exponía? "Mundo tanga", pensé mientras entraba a la galería que mostraba el nombre del amigo de mi hermano como protagonista de la velada. ¿Cuántos Jorge Alderete hay en el mundo? Busqué al artista con los ojos entre la multitud de sub 25 que se agolpaba frente a las ilustraciones colgadas en las paredes y lo descubrí porque era el único, cómo decirlo, patagónico del malón: zen, barbudo, cerveza en mano, había algo no mexicano y no porteño en esa figura. No podría explicarlo

con más detalles: simplemente identifiqué su patagonismo.

Jorge Alderete coordinó y creó una tapa histórica de la edición más hermosa que se haya visto jamás de *El Eternauta* (de la editorial mexicana RM), se le adjudica haberle devuelto a la clase media/alta mexicana el gusto por la lucha libre con sus reinterpretaciones pop, ilustró y diseñó más de 80 tapas de discos de bandas de todo el mundo, incluyendo a los Straitjackets y "La luz del ritmo" de los Cadillacs; junto a su chica, la platense Clarisa Moura, abrió una galería en el barrio más bohemio del DF, la Colonia Roma; tiene un sello discográfico –Isotonic–, publicó tres libros propios y aparece en cientos –no exagero– de libros de ilustración, diseño, tipografías, retratos de todo el mundo; ilustra en vivo y toca el theremin en la experimental banda de cumbia peruana Sonido Gallo Negro. Semejante currículum no se revela en su actitud patagónica, recontra calma, así como no cabe en la descripción de mi bien intencionado hermano: "Es un genio el chabón".

Me acerqué y le mostré mi pedigrí y él se mostró emocionado. Decir "hermana de Christian" me valió un abrazo. Después entendí que, viviendo en otro país, uno aprecia toda aproximación a sus raíces con un énfasis particular, anabolizado por la saudade. Mientras nos reconocíamos en amigos y espacios en común, se acercaban diferentes chiquilines con sus teléfonos y pedían: "Dr. Alderete, ¿una foto?" y

lo abrazaban de la cintura, sonriendo para la cámara. Nadie le cuestiona la ocurrencia de anteceder un doctorado imaginario a su apellido real para volverlo artístico.

Alderete sonríe poco con la boca y bastante con los ojos. Hace quince años que vive en México y, antes, estudió la carrera de Diseño en Comunicación Visual en la UNLP; es decir, lleva la mitad de su vida lejos de la Patagonia y, sin embargo, aspira las eses y usa las mismas expresiones que un santacruceño que se crió en Neuquén, como él. Hay una actitud subversiva en su patagonismo, como si mantenerse enraizado a ocho mil kilómetros de distancia le ayudase a reforzar los pilares de su obra y de su vida. Su revolución personal consiste en insistir con el *crossover* cultural, mantenerse artísticamente en un estilo y un trabajo cotidiano que lo satisfaga, no convertirse en rehén de su popularidad y profundizar el modelo que inventó para sí mismo.

La tarde que nos encontramos en su casa de la Roma, la merienda consiste en empanadas de carne y de jamón y queso. Dice: "Me puedo aproximar a un montón de cosas sin los prejuicios mexicanos. Me pasó al principio, recién llegado, que me metía con temas tabú que los locales no tocaban. Cuando llegué, nadie explotaba visualmente la lucha libre porque era muy popular, de clase baja... y a mí eso me chupaba un huevo. Yo, argentino. Me podía acercar con una mirada fresca porque me acercaba por primera vez. Es

MEX



Jorge Alderete

una ventaja tener ojos de extranjero”.

Acaso el período lucha libre de Alderete sea el tipping point –ese punto de ebullición en el que una tendencia emergente se convierte misteriosamente en un fenómeno masivo– en su carrera. En el 2001, ilustró para una muestra en Texas el ya célebre luchador musculoso con un corazón espinoso afuera del pecho que despertó una fiebre estética: gracias a esa mirada intrusa, México se animó a hacer culto de la cultura popular. La imagen se vio en publicidades, tapas de revistas, libros, discos, murales, en la etiqueta de una cerveza y hasta tatuada en los brazos de algunos.

“La clase media/alta no volteaba a ver eso que era para los pobres. Empecé ilustrando para mí, luchadores. Después de la exposición en Texas la temática explotó: me llamaron para hacer de todo, empezaban a usar la imagen del luchador para cualquier cosa. Ahí di un paso al costado: me había acercado a eso con otras intenciones.”

En el 2001 ilustró para una muestra en Texas el ya célebre luchador musculoso de corazón con espinas que despertó una fiebre estética



¿Existe un estilo latinoamericano de ilustración?

Hay algo que engloba la estética latinoamericana: es más colorido, un poco más desenfadado, menos acartonado que el diseño de otros lugares pero no sé si eso alcanza para definir un estilo latinoamericano. Me cuesta diferenciarlo, me fijo más en otras cosas, en si funciona o no, en si cuenta algo aparte de ser literal al texto... en ese sentido se puede hablar de buena o mala ilustración. Me da igual si viene de Ecuador, de Colombia, de China o de Corea. Nos unen otras cosas que no tienen que ver con estéticas o con estilos, nos unen otras realidades, crisis económicas, las formas en que encaramos los trabajos, la forma en que nos involucramos con el trabajo.

En su primer tiempo en México la dinámica profesional de Alderete seguía sujeta a los espacios editoriales argentinos, donde venía ilustrando eventualmente infografías, tapas de suplementos, notas varias: “¿Sabés la cantidad de tapas del suplemento de informática para el día de la madre que hice?”, recuerda como un sobreviviente. Pero la monstruosa –y generosa– industria mexicana le permitió expandirse, ilustrar para diferentes revistas, desquitarse con los discos

–“Estoy muy orgulloso de haber trabajado con bandas que escucho”– y definir un ritmo propio. Por si no quedó claro: Alderete en México es una celebridad; un poco gracias a la lucha libre, otro poco por su ubicuidad editorial y, sobre todo, porque esa mirada extranjera le permite jugar indolentemente con ciertos santos elementos culturales. Acaso los mexicanos –los que ahora aprecian la lucha, los rockeros que le piden tapas de discos, los escritores que le piden portadas de libros– se sienten, de alguna forma, tan representados como desafiados por esa irreverencia. Podría haber creado un equipo Alderete, montado una empresa, podría haberse convertido en la firma célebre delante del trabajo de unos ilustradores a sueldo. Sin embargo, prefirió mantenerse mínimo e individual. Aprendió a rechazar los trabajos que no le interesan y a aceptar las propuestas más exóticas y menos reductibles, pero que lo hacen feliz. Acto subversivo número dos. Deja de sorprenderme que su público sea joven y que lo idolatre.

Pasaron diez años en México hasta que hizo su primera exposición en Buenos Aires. Fueron los retratos de su libro *Yo soy un don nadie* en el que pintó a las celebridades del *under*, a los famosos desconocidos, a un grupo de

amigos tan *outsiders* como él, protagonistas del circuito de antros de bandas instrumentales. A su vez, el título del libro y la muestra, puesta en las exigidas paredes porteñas, le daba un cachetazo a la escena *arty argie*: en diez años en México, Alderete era un don alguien insistiendo en ser un don nadie. La canción de la banda de punk-a-billy Los Pardos que da nombre al libro dice: “*Yo soy un don nadie, yo soy un don nadie / Yo no valgo nada / El peor de los jugadores, el rey de los perdedores*”.

El rock. En su sitio www.jorgealderete.com cuenta: “Suena el teléfono: ‘Hola soy el Sr. Flavio, estamos acá reunidos con los chicos y queríamos saber si te interesaría trabajar con nosotros...’: ‘Seguro hay una cámara oculta’, pensé. Después de esa llamada vinieron varias más y el diseño de 2 discos + DVD, y parte de la escenografía para la gira latinoamericana y animaciones para los shows, etc., etc. Todavía me acuerdo cuando compré el primer casete de Los Fabulosos Cadillacs en Neuquén, en la Patagonia Argentina...”. En el diseño de “La luz del ritmo”, el disco que volvió a reunir a los Cadillacs en el 2008, su ilustración se muestra más calaverica, rockera, escatológica –¿o qué son si no todos esos gases saliendo de agujeros que rodean a Vicentico?–.

¿Sos rehén de vos mismo, de tu propia estética?

Me pasa a veces, pero con el diseño que hago para bandas la condición es la libertad creativa: trabajo con bandas nuevas, con disqueras que son así –hace gesto de agujerito del culo con los dedos– y a veces ni hay disquera. Me acomodo a presupuestos austeros en la medida en que me den libertad creativa.

En general, los rockeros parecen entender más el rol del ilustrador como artista que las agencias de publicidad o las grandes marcas, que prefieren a un Alderete más disciplinado: "Si yo lo permitiera estaría copiándome a mí mismo durante años porque en general me llaman por trabajos hechos y quieren que lo nuevo se parezca a eso".

En el turbulento 2001, mientras padecía la crisis argentina a la distancia, entusiasmado por la escena del rock instrumental mexicana, Alderete y un socio con el cinematográfico apodo de "El Reverendo" crearon un sello para editar música. El plan era, simplemente, poner en el mercado un primer compilado: Mexican Madness. El combo surf + ilustración + indie fue efectísimos y el disco se reeditó varias veces. El sello cobró vida más allá de su génesis de *one hit wonder* y comenzó a editar a diferentes artistas como Los Straitjackets y Los Twang! Marvels. Dice Jorge: "Desde ese momento a hoy la venta de discos físicos ha ido en decadencia pero nuestra decisión ahora es no hacer CDs, solo vinilos. Decir 'el disco está muerto' existió a lo largo de la historia de la música reproducida y ahora que el CD muere, que deja de existir el concepto álbum porque la gente compra canciones sueltas, es el momento en el que más tapas de discos de vinilo he hecho".

La escena del rock instrumental en la que se mueve es más bien fetichista, amante de los objetos, coleccionista de cositas. Alderete tiene en su estudio tantos muñequitos y fotitos y menudencias de ese universo que parece el cuarto de un niño con TOC de los años '50. Rompen con esa armonía sus adminículos tecnológicos: la computadora, el theremin y el set que usa para sus shows con Sonido Gallo Negro.

Andaba él experimentando con un software para dibujar y animar en tiempo real cuando los miembros de esta banda méx de cumbia peruana de los '70 lo convocaron para que los or-

El telo justicialista

La vida en las redacciones tiene sus encantos, por caso la buena charla en los baños. Allí la recuerdo a Werchowsky, vigor y talento joven nutrido de calle, de finas antenas que parecían brillarle invisibles, pensamiento agudo de esos que enhebran los hechos con el humor y las ideas, mano y corazón cronometrados con un timing contemporáneo adorable de leer y escuchar. Antes de sambullirme en El telo de papá, su primera novela, y saborearla como un hitazo de principio a fin, leí la contratapa. Allí otro colega, Pablo Schanton, traía al ruedo el modo rapeante de Flor W. Así habla y así cuenta, con la intensidad de su mirar concentrado y sensible, munida de un surtido inefable de imaginarios y sentires. Una paleta invencible para su tema ídem, artillería social de primera: las anécdotas reales cosechadas en un telo de pueblo, el de su papá: el Cu Cú. Ubicado en la ruta 6 del Alto Valle de Río Negro, en la salida de Allen, a través del negocio de Ñanco, Florencia ahondará sin pretensiones sociológicas pero con resultados radiográficos inmejorables sobre cómo las gentes y sus cosas (materiales y emocionales) hacen época y política en los diversos paisajes. Hija de un hogar peronista, la compañerita



patagónica que se fumó asados de señores que entre volutas masticaban carne con discursos y planeaban la revolución, vivió la primera gran desilusión con la estafa menemista. En este retrato de familia, que lo es a la vez social, Werchowski abriga un pedazo frío del territorio nuestro con el mejor calor: el de la memoria agradecida, el de la ficción reparadora, que hace justicia a los ideales de un papá protector, marginado por tener un negocio reñido con la iglesia, un hombre con sueños: ser algo rico pero, sobre todo, el de un mundo más justo. **Carolina Muzi**

ganizara estéticamente. El resultado fue su incorporación al grupo como un miembro más, llevando la animación en vivo un paso más allá del VJing –término y rol que le generan cierto disgusto–. Laptop + Wacom + pedal casero con Arduino + software libre + joystick de Play vieja con el que le da movimiento a las animaciones es el cóctel secreto de la psicodelia live de Gallo Negro. Todo construido por él mismo –"Es básico, es soldarle cablecitos al Arduino y a los botones y ya, no tiene más ciencia que esa"–. En el medio del boom llegó el theremin y se puso a hacer ruido en su casa. Sus compañeros de banda le dijeron "¡A huevo! –¿hace falta traducir la expresión?– ¡Tienes que tocar el theremin en la banda!". Así que ahora, como un hombre orquesta, alterna las animaciones con la ambientación lisérgica del instrumento, como si in-

tentase hipnotizar al público a fuerza de espirales, calaveras y silbidos retro. Pasar de ser un cronista visual del rock a un rockero con instrumentos alternativos parecía la evolución natural.

Laguita. En Vértigo, su galería de la Roma que ahora también tiene sucursal en el prestigioso Centro Cultural de España, en el Centro Histórico, la concurrencia es más bien indie, más bien adolescente y kidult. Buscan los discos de las bandas surf, ilustrados y no por Alderete; libros de arte, cuadros y posters seriados. Por allí pasan grandes figuras del ambiente, como Gary Panther, Derek Yanguier, Liniers y Manuel Monroy y dan recitales acústicos musicales como Kevin Johansen, Señor Flavio, Pablo Dacal y las Kumbia Queers. Los shows son gratuitos y minúsculos,

Jorge Alderete

regalan agua de jamaica –una flor roja hecha juguito– y se queda mucha gente afuera, fumando, esperando a que termine para poder besar a algún ídolo. Es el lado visible de una economía con reglas propias, con dinámica de trueque y un mensaje que trasciende el dinero, la celebridad, el glamour.

En un país con un mercado monstruoso, en una ciudad con más de 21 millones de habitantes, Alderete juega en unas grandes ligas paralelas: “Al quinto disco que había diseñado podría haber ido con mi portafolio a cualquier disquera, hoy puedo ir a cualquier disquera. Pero no me interesa. Eso es lo que me da orgullo: haber sido constante con mi forma de pensar, de no haberme obnubilado por el trabajo publicitario”.

Una vez, en una tienda en Chile, vio unas remeras estampadas con dibujos suyos. En lugar de mandar a una cuadrilla de abogados, se puso a sacarle fotos a las prendas, lo vivía como una curiosidad. El dueño de la tienda se enojó y lo echó del local gritándole que esos eran unos modelos exclusivos. También le pasó que algunas marcas globales de productos de consumo masivo lo “homenajearan” en packs y campañas. Él prefirió seguir concentrado en lo suyo antes que dedicarle su energía a unos añitos de juicio por copyright. Dice: “De lo que estoy más orgulloso es de la constancia. Si me metiera a hacer publicidad podría hacer mucho más dinero del que gano hoy pero mis necesidades son otras: no me interesa cambiar el auto todos los años. Llevo una vida acorde y soy consecuente con eso (...) Sin ser utópico, hay una realidad: nos han hecho creer que el capitalismo es la única alternativa y que por dinero baila el mono pero a mí me gusta creer que no necesariamente es así, que las cosas hay que hacerlas desde otro lado y tengo la suerte de comprobar que esa fórmula a veces funciona”.

La inspiración. Qué pena que todos esos jovencitos entusiastas que se sacaron fotos con él la noche de la muestra no hayan podido compartir sus imágenes en las redes sociales con las arrobas correspondientes. Alderete no tiene Facebook ni Twitter ni Instagram. Tampoco tiene un discurso opositor ni enarbola la bandera del pasado. Es *old school*, simplemente. Será que no necesitó de esas herramientas



El cover de Marta y Andy

Se pide 'costal de elote', me dijeron. Así pedí y me anunciaron: 6 pesos mexicanos la pieza. Llamé a la señora del puesto antes de salir (vicios de producción) y no había conseguido cantidad. Me desesperé, pero tuve suerte: subí a un taxi con un chofer que me explicó, risueño, que 6 pesos era una demencia. Me llevó al Mercado de Jamaica: ¡la pieza de elote al mayoreo cuesta 1,5 pesos! Se bajó conmigo, encaramos, negociamos. Tenían solo maíz blanco. Mientras contabilizaba los elotes que el puestero metía en la bolsa, perdí de vista al taxista, que apareció con la cara llena de manteca, comiéndose un elote azul: ¡Azull Cargamos las bolsas y nos fuimos al otro puesto: una viejita limpiaba maíz violeta, azul y combinado de esos colores con blanco sobre una palangana. Al lado, su hija los vendía ya cocinados. En México se comen con manteca, limón, queso y chile. Compramos otro costal. Llegué al estudio 3 minutos antes de lo previsto, con 3 costales de elotes de colores. Nunca fui tan puntual

ni tan efectiva. Me pregunto cómo habrá sido la producción de la foto original: si Andy Warhol se habrá trabado en el tráfico como le pasó a Alderete; si se habrá clavado un sanguchito de pavo mientras armaban el set; si Marta (Minujín), como yo, se habrá encontrado con algunos gusanos vivos al abrir las chalas (no de faso) para lograr esa montaña de maíz "al natu". Entre que se nos ocurrió la idea y la produjimos, conversamos varias veces sobre el mensaje detrás de la foto. Yo no le voy a pagar la deuda externa a un compatriota, no hay simbolismos, no hay paralelismos. Pensamos en tomas alternativas: darle un mate a Alderete, que fuera más un ritual de exiliados... pero no nos convencía. El choclo-elote es contundente. Y bello. Fue un combo de caprichos: el nombre de la revista, las canas de Jorge (shhh!) como versión vernácula/actual del platinado Warhol, mi peluca y textura huesuda alla Minujín, el cruce disciplinar. Estamos chochos... ¿Le gustará a la Marta real?



para apuntalar su trabajo personal. Tiene su sitio web exhaustivo con su obra y lleva una vida privada *offline* verdaderamente privada. Jamás le conoceremos el gato, jamás sabremos qué está desayunando. Tal vez por culpa de esta nota trascenderá su preferencia por las empanadas de merienda, pero no mucho más que eso.

La fiebre Eternauta de los últimos años en Argentina opacó la noticia de la edición mexicana de sus originales en el 2011. Hubo homenajes, discos, reediciones, festivales, Nestornautas, *stencils* y, claro, la partida de Solano López. En medio de ese furor, la editorial RM realizó un trabajo delicado, a distancia – la familia de Oesterheld envió escaneadas las páginas – cuya tapa es una ventana que Alderete le dio a la doble vida del protagonista: delante de la máscara, el héroe; detrás, el hombre común. Para la comunidad de argentinos en México poder encontrarse con ese libro entrañable y bello en las librerías es una indemnización emocional.

Desde la muestra "Yo soy un don nadie" a esta parte, Alderete parece estar retomando cierta conexión argentina de la que se había distraído con tanto luchador mexicano, tanto surf y calaveras. Cuando anda por allá se junta con su

amigo Sergio Langer, ahora se queda más días y hasta tocó en vivo en Buenos Aires con Gallo Negro. No va a volver a vivir al país por ahora pero, al menos, su presencia empieza a dejar un legado en las huestes artísticas que siguen su camino. Seba Acampante, uno de los organizadores del Trimarchi, el festival más importante de diseño de Latinoamérica, recuerda la conferencia que dio Alderete en Mar del Plata: "Existen pocos casos de ovación de pie y pocos casos de ola. Ovacionados de pie se fueron Ronald Shakespear, Hort, David Carson, Emory Douglas y Jorge Alderete. La ola se la llevaron David Carson, Friends With You y... Alderete. Este doble mérito lo pone en una nueva escala dentro de los parámetros de Trimarchi. Su conferencia fue sincera, abierta y humildemente grande, mantuvo al estadio seducido y cerramos brindando con tequila en el escenario, no me lo olvido más".

Yo había escuchado que lo de Alderete en el festival había sido monstruoso, el rumor llegó hasta México: se decía que cinco mil ilustradores, diseñadores, artistas plásticos y visuales de todo el mundo lo habían ovacionado. Que parecía la visita de un rockstar. Sin quitarle mérito pero dudando de los adjetivos, salí a preguntarle a otros tes-

tigos. Sol CocoNuez, artista plástica marplatense, refuerza: "De solo recordarlo se me eriza la piel. Ver las caras de todos en el estadio, con los ojos brillantes. Para él debe haber sido como un cachetazo de adrenalina".

Pero da vuelta la página sin dudarlo, Alderete. En el último tiempo viene "clavado" (sic) en versionar moáis y esos paisajes medio extraterrestres de la Isla de Pascua. Una obsesión que acompaña con un profundo trabajo de investigación que cautivó a las autoridades del Museo de Antropología de la Isla. Le ofrecieron exponer su trabajo allí como lanzamiento de la gira por Europa y otros países de América.

Su recorrido sigue siendo independiente y experimental, aun después de veinte años de carrera. Puede ser medio Yoda si quiere: sentencias cortas, a veces sabias, a veces enigmáticas. Después de obtener toda esta información, de hurgar entre sus libros, de ver un show de su banda y escuchar a los músicos que edita e ilustra; después de calarle el patagonismo y de intentar desentramar su mexicanidad adoptada, entiendo mejor la síntesis de mi hermano. Ya no lo pienso más, tal vez tenía razón, tal vez sea un genio el chabón. Y listo.